

El riesgo de ser maestro

Por Mercedes Cabanillas B. (*)

07-07-05

Ayer, seis de julio, celebramos en el país el Día del Maestro. Ser maestro en el Perú –se decía por los años setenta– es una manera heroica de morir a plazos. Han pasado tres décadas desde que se acuñó esta expresión al calor de las luchas del magisterio y su mensaje parece no haber perdido vigencia. Es más, su contenido sigue siendo hoy tan dramáticamente cruel que nos obliga a repensar sobre antiguos y nuevos compromisos para con el maestro peruano.

La sociedad le debe mucho a quien, en condiciones difíciles y siempre desafiantes, sabe transmitir experiencias, enseñanzas, tradiciones de vida a las generaciones que les toca guiar. Si hay un elemento de expansión y de consolidación de la cultura y de la identidad nacional es, precisamente, el maestro. Él no sólo forma transfiriendo conocimientos que tienen que ver con la ciencia o la tecnología, sino, sobre todo, enseña motivando y estimulando el desarrollo de las potencialidades que tiene cada alumno.

Si bien es cierto que el aprendizaje de todo ser humano empieza en casa, con las primeras orientaciones de los padres, la formación medular para la vida se adquiere en la escuela o fuera de ella con el concurso del maestro, quien busca conseguir en sus alumnos el perfil de ciudadano que toda sociedad requiere.

Esta es la gran y noble tarea del maestro. Por ello no podemos pecar de exagerados cuando decimos que mucho le debe la sociedad al maestro. Y muchos les debemos todo a nuestros maestros. Por eso es importante que reflexionemos, a propósito de esta fecha.

¿Qué hacer?

¿Qué hacer? Esta es una antigua como inevitable pregunta que nos formulamos siempre en ocasiones como esta. ¿Qué hacer por el maestro en el Perú? Todos tenemos, sin duda, algo que hacer. El Estado, que nos representa a todos, y el gobierno, que administra este Estado y es quien toma las decisiones políticas, tienen directa responsabilidad en las condiciones en las cuales el maestro desarrolla su loable tarea.

En el Perú, más de ocho millones de niños, adolescentes y jóvenes están involucrados en el sistema educativo. El nuestro es un país de jóvenes. Sin embargo, es preocupante el presente, puesto que el 75 por ciento de ellos quiere salir del país, porque el nuestro no les ofrece las expectativas que ellos abrigan en su vida. No encuentran, en el Perú, una alternativa, un camino, una posibilidad para alcanzar sus expectativas. Y así lo dicen las encuestas, lo cual resulta clamoroso y demasiado triste para todos, por lo que debemos comprometernos, sin evasiones ni exclusiones, con este presente.

Los mayores tuvimos el privilegio de plasmar nuestros sueños, porque la realidad se nos presentaba diferente y menos crítica. Y no nos vimos apremiados para dejar el país a fin de labrarnos un futuro. Las condiciones, entonces, eran otras. Ahora, es nuestro deber apostar por el optimismo. Que no nos gane ni la depresión, ni la desesperanza, ni el pesimismo.

En estas condiciones, tenemos que reconocer que los maestros sí nos suelen dar lecciones de fortaleza. Solo hay que verlos en los pueblos más alejados de nuestra serranía o en las comunidades más apartadas de nuestra Amazonia, o en alguna escuela de frontera, o acaso en las grandes ciudades, pero en sus zonas de mayor marginalidad. Allí están ellos, los maestros, siempre renovados de optimismo para iniciar cada jornada de trabajo.

El día

En una fecha como esta, bien vale la pena reflexionar un poco. ¿Qué hace falta para que la educación peruana recupere siquiera los estándares de hace algunas décadas o más? En nuestro paso por el sector Educación, recuerdo haber alcanzado el presupuesto más alto obtenido hasta entonces. En 1988 llegamos al 24 por ciento; hoy es apenas 18.5 por ciento. La reforma curricular que entonces emprendimos reposó en la ampliación de la jornada escolar, para lo cual incorporamos los días sábados al horario escolar. Los maestros pasaron de 24 a 30 horas de trabajo remunerado, mientras que los alumnos pasaron de 35 a 42 horas pedagógicas semanales. Hoy estamos, nuevamente, en 35 horas y con media jornada de trabajo escolar.

Nuestro país es uno de los pocos donde el tiempo destinado a la enseñanza en los colegios resulta reducido e insuficiente. Hemos desandado estos años todo cuanto habíamos avanzado en el campo educativo. Las miopías políticas, de la mano con los egoísmos de casta o de intereses económicos, impidieron siempre mirar el futuro con amplitud, con generosidad y con libertad. Allí están los resultados.

En nuestra gestión al frente del sector Educación, además de lo avanzado en la reforma curricular al ampliar horas de estudio, incorporamos otros contenidos curriculares, en términos cognitivos y axiológicos. Ampliamos, por ejemplo, las horas destinadas a la educación artística para desarrollar la sensibilidad del ser humano, privilegiando el folclor nacional que fortalece la identidad peruana. Por otro lado, aumentamos horas destinadas a la enseñanza de la comunicación y de las matemáticas. Otorgamos licencias con goce de haber a los maestros para estudiar Maestrías y Doctorado y dimos becas que financiaban esos posgrados. La declaratoria de emergencia para la infraestructura nos permitió recursos extraordinarios utilizados en la construcción y equipamiento de escuelas. Creamos el Colegio de Profesores del Perú con Ley 25231. Después de los noventa, todo fue regresivo.

Ahora

Ahora hemos logrado, en el Congreso de la República, un nuevo marco legal para la educación peruana, con una visión claramente descentralista, de modo que los recursos del Estado vayan hacia la escuela pública para mejorar sus condiciones materiales o se constituyan sus consejos de participación y de vigilancia. Queremos que esta nueva Ley de Educación, que ya tiene dos años, avance y que sus resultados puedan ser evaluados. En este marco, queremos para los maestros mayores alternativas de desarrollo personal, porque somos conscientes de lo que ellos representan para la transformación social del país.

(*) Congresista de la República